

NÚMERO 128
DOMINGO 1 DE AGOSTO
DE 1993. AÑO XVIII
TERCERA ÉPOCA

EL PAÍS

¡HORROR! ¡VUELVE!

EL JUEGO MÁS DIFÍCIL DEL VERANO

■ NUEVA SERIE: CINCO RELATOS DE AGOSTO ■

Libre y de izquierdas

El racismo y el nazismo le ponen frenética. Nunca ha tenido pelos en la lengua, pero ahora, con 79 años, todavía menos. Minada por el alcohol y el tabaco, la gran dama de las letras francesas acaba de publicar en España 'Yann Andréa Steiner'.

MARGUERITE DURAS

JAVIER VALENZUELA

Erased una vez una mujer que había vencido a la muerte para poder volver a contar historias. Se llamaba Marguerite Duras, tenía 79 años y un pasado cargado de escritura, amores, combates políticos y alcoholismo. Una de sus historias, la de la relación verdadera que había sostenido en su adolescencia con un acaudalado chino, *El amante*, había dado la vuelta al mundo. Marguerite era adorada y temida. Sus cóleras eran tan tormentosas como sus amores, y su narcisismo, tan inmenso como su talento.

El periodista tenía que verla en su apartamento de la Rue Saint Benoit, cerca del Café de Flore. Le habían dicho que Marguerite ya no bebía, o mejor dicho que bebía tan sólo una copa de *champagne* de vez en cuando. También que seguía escribiendo como una posesa. De hecho, la cita había sido aplazada varias veces porque la autora de *El amante* repasaba las pruebas de su último libro.

"Tienes que tener mucho tacto, tienes

que seducirla", le habían aconsejado. Hacía dos o tres años, Marguerite había declarado: "Salvo excepción ya no doy entrevistas. Se hostiga demasiado a los escritores. Se les pide artículos, conferencias, declaraciones sobre cualquier cosa". Si el periodista no le caía simpático, o si hacía preguntas que le parecían estúpidas, o si demostraba que no conocía su obra, Marguerite era capaz de ponerle de patitas en la calle.

Así que, llevando en el bolsillo *Yann Andréa Steiner*, el último libro de la escritora publicado en castellano, el periodista se fue a primeras horas de una tarde veraniega a la Rue Saint Benoit. En la calle, que formaba una suave curva, había una escuela pública y un bar que se llamaba Aux Assassins. El edificio del apartamento de Marguerite era hermoso en su simplicidad, típicamente parisienne.

Abrió la puerta Yann Andréa, el joven compañero de la escritora. Le hizo pasar a un saloncito polvoriento y le instaló en▷



▷ un viejo sofá repleto de cojines forrados con encaje. "Marguerite viene en unos minutos", dijo. Acuarelas y jarrones chinos decoraban la pieza, sobrecargada de libros, papeles y vídeos.

La mujer que contaba historias no tardó en llegar. Era pequeña, encorvada, flaca. Andaba despacio e iba maquillada como una muñeca. Vestía una falda azul y un jersey rojo. Se quitó el pañuelo que rodeaba su cuello. Llevaba un aparato instalado en la garganta. Se sentó en un silloncito y habló con una voz quebrada por el mucho fumar y el mucho beber:

—¿Usted quiere hablar de mí o del libro?

—Del libro y de usted. El libro es usted.

—Va a ver el éxito que va a tener.

—Supongo que sí. Los españoles la quieren mucho, y no sólo como escritora. Usted ha sido también una camarada en la lucha contra el franquismo.

—Ah sí, España sigue a la izquierda. Es una suerte que los españoles sigan recordando que la derecha es el fascismo. España es joven. Yo tengo una relación extraordinaria con los jóvenes. Ellos me defienden contra Le Pen. ¿Sabe usted que Le Pen me ha atacado varias veces? Porque yo le hostigo, le enveneno la existencia, digo que habría que matarle. Y él me lleva a los tribunales. Ya he perdido tres juicios: he tenido que pagarle tres o cuatro millones de francos. Pero los jóvenes son magníficos. Me envían cheques con un poquito de dinero para que pague los juicios que pierdo contra Le Pen. Pero voy a parar, porque también es tonito por mi parte. ¿No cree?

—Si le cuesta tanto dinero, sí.

—La verdad es que a veces pienso que habría que matarle.

No yo. Pero si hubiera algún valiente que lo hiciera...

—¿Qué sintió usted cuando mataron a René Bousquet, uno de los principales colaboradores franceses con los nazis?

—Estoy a favor del asesino. A los que mataron a los judíos, hay que matarlos. Es una justicia elemental.

—Usted ha escrito: "He inventado ese nombre (el de Théodora Kats, uno de los personajes de *Yann Andréa Steiner*) para poder hablar de los judíos asesinados por los alemanes". Y muchas veces ha declarado que quería ser judía. ¿Qué es el judío para usted?

—Son las fosas comunes, las cámaras de gas, los niños asesinados. Eso me hace daño. Quiero confundirme con los judíos. Es un deseo violento de sentirme próxima a ellos allí donde han sufrido: la sangre, la carne. Toda-

vía no sabemos cuánto sufrieron los judíos. Ellos son de una gran lucidez: no están a la derecha. Lo que me piden los judíos es escribir, escribir para ellos. Pero lo más difícil es encontrar un periódico donde escribir.

—¿De veras?

—*Le Monde* y *Le Figaro* no me quieren.

Yo escribo en los periódicos populares. Tengo ganas de escribir a la gente del pueblo, la que sólo lee los periódicos los sábados y los domingos. Son los míos. El *Observateur* tampoco me interesa.

—En sus textos, usted nunca emplea la palabra "nazi". Siempre dice "los alemanes". En el libro, Yann Andréa la corrige: "Debería decirse: los nazis". Y usted responde: "Yo continuaré diciendo: los alemanes".

—Porque los nazis eran alemanes.

—Pero no todos los alemanes eran nazis.

—(Silencio). Todos eran asesinos. Todavía no puedo ir a Alemania. Para nosotros, que vivimos el horror, mi marido murió, mi cuñada murió... Todavía no puedo ir allí, a Alemania. No puedo, no me interesa. No odio a los alemanes. Estoy muy contenta de la reconciliación entre Francia y Alemania. Lo que ha hecho Mitterrand. Yo apoyo todo lo que hace Mitterrand. Como los españoles. Ustedes quieren mucho a Mitterrand. Pero no puedo olvidar lo que hicieron los alemanes.

—Usted declaró en 1990 que tenía miedo a la reunificación de Alemania. ¿Qué siente ante las imágenes de esas mujeres y niños turcos carbonizados en Alemania?

—¿Qué es Alemania? Alemania me produce un temor animal, irracional. No hay que reflexionar sobre lo bien fundado del miedo cuando surge del fondo de uno mismo. Hay que dejarlo hacer, hay que vivir con él. Somos millones los que sentimos miedo en toda Europa. La gente que no tiene miedo de Alemania es porque no ha vivido la guerra.

—Usted habla del "fascismo endémico de la Alemania Central".

—Sí, es eso. Sueño con una Europa francesa y española. No alemana. Una Europa alemana no es soportable. Lo que me da miedo es lo que usted acaba de decir: lo que les pasa a los turcos. Pensar en esa gente que había ido allí, a buscar una solución a sus problemas, y que son asesinados... No se ha asesinado a los asesinos. Si se hubiera hecho, todo esto no ocurriría ahora.

—El Gobierno francés, con Charles Pasqua a la cabeza, intenta cerrar las puertas a los extranjeros. ¿Qué le parece?

—Son todos unos asesinos. ¿Sabe lo que habría que hacer? Yo lo he escrito en un ar-

ENTREVISTA

"A veces pienso

que habría que

matar a Le Pen.

No yo. Pero si

hubiera algún

valiente que lo

hiciera..."



título, pero nadie ha querido publicarlo. Porque pedía el pellejo de Pasqua. Para impedirle hacer mal. Pasqua quiere devolver a sus países a todos esos argelinos y esos negros que recogen las basuras. Es un cerdo.

—Pasqua quiere cargarse lo mejor de París: ese espectáculo de la mezcla de razas. Los árabes, los judíos, los negros, los chinos, los eslavos, los americanos... París es una gran ciudad mestiza.

—París es una ciudad bíblica: es Samaria. Lo único que le falta es Jesús. Es una ciudad verdaderamente internacional. No es mestiza, es heteróclita. Ésa es la palabra: heteróclita.

—Volvamos a *Yann Andréa Steiner*. Usted escribe que los lloros se le han convertido en "un deber, una necesidad, una suerte". "Ya no sé distinguir la palabra de los lloros". ¿Hay que desconfiar de la gente que no llora?



Yann Andréa Steiner

Tres historias se cruzan en Yann Andréa Steiner. La primera es la historia real del nacimiento de la relación entre "el muy joven" Yann Andréa y una mujer "que hacía libros y era vieja y solitaria". "Era el verano del 80", escribe Duras. "El verano del viento y la lluvia. El verano de Gdansk. El del niño que lloraba. El de esta joven monitora. El de nuestra historia".

La relación comienza con las cartas que el joven enviaba a la escritora —"tan dolorosas que me parecían las más hermosas de toda mi vida"— y prosigue con su primer encuentro personal en el Hotel des Roches-Noires. "Nos acostamos con la luna en un cielo sombrío y azul. Sólo al día siguiente hicimos el amor". Otra relación amorosa, ésta imaginada, corre en paralelo: la desarrollada en una colonia infantil de vacaciones entre un huérfano judío de seis años —"Sus ojos son grises. Grises. Como la tormenta, la piedra, el cielo del Norte, el mar, la inteligencia inmanente de la materia, de la vida. Gris como el pensamiento. El tiempo. Los siglos pasados y por venir confundidos. Gris"— y su monitora, de 18 años.

La tercera historia ocurre en la II Guerra Mundial. Es la de Théodora Kats, una mujer "bella y elegante en su traje blanco inmaculado" que durante dos años esperó en una estación alemana un tren, "el tren que alimentaba los hornos crematorios".

—Lloro con mucha frecuencia. Es rarísimo que haya noticias, películas o historias que no me hagan llorar. De rabia, de dolor. Cuando soy feliz, también lloro. Sí. La pasada semana había un niño que había sido salvado de no sé qué, un niño muy pobre: también lloré. Porque había sido salvado. Ah, le voy a decir de inmediato una cosa. Acabo de escribir un libro importante. Se llama así: *Escribir*. Es sobre la literatura, sobre mí. Por qué escribo, cómo escribo, desde cuándo. Es muy fuerte.

—¿Por qué escribe usted, Marguerite?

—Si estoy loca por algo, es, en primer lugar, por mi hijo, y, luego, por la escritura. Escribir no es encontrar palabras o frases extraordinarias. Es una especie de lazo secreto entre todas las palabras, todos los párrafos, todas las conjugaciones. Eso es escribir. No hay nada más valiente que un escri-

tor. Darse a ver, a leer, a ser juzgado. Todos los escritores, los pintores, los músicos, son narcisistas. La necesidad de escribir es más fuerte que yo. Sólo hay una cosa más fuerte que la escritura: mi hijo. Y él lo sabe, el muy sinvergüenza.

—¿Qué edad tiene su hijo?

—No sé. Entre cuarenta y cuarenta y tantos.

—¿Tiene nietos?

—No.

—Yo tengo una niña de cuatro años...

—Qué maravilla. ¿Cómo se llama?

—Nour. Quiere decir "luz" en árabe.

—¿Es usted árabe?

—No. Mi mujer es libanesa.

—Yo adoro el Líbano. Le hablaba mucho a Althusser del Líbano. Era un paraíso. Eso venía del mar, del aire... No hay viento en el

Líbano, hay aire. Y de la dulzura de la gente. Pero también lo han matado.

—Sí. (Silencio). Le hablaba de mi hija, y quería decirle que hay una parte de Yann Andréa Steiner que me emociona mucho. Es cuando usted cuenta cómo la monitora embruja a los niños contándoles historias: "Y bajo esa tienda se canta y se cuentan historias. Al final ya no se sabe cuáles, pero los niños escuchan. Escucharían incluso en chino, en japonés, en americano".

—Eso es lo que los niños esperan: que les cuenten historias.

—Y es lo que usted hace: contar historias. Incluso volver a contar de otro modo la misma historia. Es lo que ha hecho con *El amante*. Usted ha reescrito esa historia en *El amante de la China del Norte*.

—Yo tengo un lenguaje muy flexible. ▷

▷ Cada vez que cuento una historia es diferente de la vez anterior. *El amante* es el libro más traducido del mundo entero. Hay maniacos de ese libro en Italia, en España, en Corea, en Turquía... Pero a mí me gusta más *El amante de la China del Norte*. ¿A usted no le ha gustado *El amante de la China del Norte*?

—Sí, pero le confieso que prefiero *El amante*.

—Es más hermoso *El amante de la China del Norte*.

—¿Por qué?

—Porque ese libro va más lejos. (Silencio). Va más lejos. Ocupa un terreno más amplio.

—Quizá. Y sobre todo en esa historia, clave para usted, de las relaciones con su hermano menor. El incesto es uno de los grandes temas "durasianos": esa emoción, son sus palabras, "sexual, fabulosa, muda, completamente muda" que vivió con su hermano.

—Ahí está —Marguerite señaló la foto en blanco y negro de un muchacho clavada con chinchetas en la pared—. Ahí está Paul, mi hermanito. Todos los días pienso en él. —Luego apuntó el dedo hacia un paquete de fotos depositado en la mesa y añadió:— Y ahí está mi hijo. Y ahí está la gata *Ramala*. Murió joven, muy joven. La lloré durante tres semanas. Está enterrada en el bosque, cerca de mi casa de campo. En fin, la pobre.

—Otro pasaje del libro dice: "A veces, cuando usted (Yann Andréa) se despierta, tengo miedo. Como todos los hombres, todos los días, aunque sea sólo durante unos segundos, usted se convierte en un asesino de mujeres". ¿Qué es lo que usted, una mujer, quiere decir con eso?

—¿Dónde he dicho eso?

—En *Yann Andréa Steiner*.

—(Silencio). En todos los siglos, en todos los países, el hombre es brutal y sigue siendo brutal. Yo he vivido con muchos hombres, y es verdad que yo era difícil, porque escribía todo el tiempo y porque no sé por qué hay algo en mí que hace que la gente con la que vivo sea celosa. Desde el primero hasta el último. No soy infiel, soy distraída. No estoy con los hombres con los que vivo. Estoy en otra parte. Y eso provoca sus celos.

—¿Y son muy malos los hombres cuando tienen celos?

—No saben lo que hacen. No saben lo que hacen. (Silencio). ¿Usted vive en Madrid?

—No en París, Rue de Sévres.

—Yo viví por allí, en la Rue Dupin. Era el apartamento de mi marido y su familia. Se reunían allí muchos resistentes. Un día, los alemanes llegaron y se llevaron a mi marido y a mi cuñada. Murieron los dos.

—¿Su marido era judío?

—No, resistente. (Silencio). No puede compararse lo que hicieron los alemanes con lo que hizo el comunismo. No fue lo mismo.

—Marguerite, usted fue una de las escasas



HELENE BAMBERGER

personalidades que pidió el voto para los comunistas en las últimas elecciones francesas.

—Sí, porque son los cuadros los que son unos cabrones, unos mentirosos. No los obreros, no la gente de la CGT. Los obreros me protegen. Y también los jóvenes. Es reconfortante tener a los jóvenes a favor.

—Usted define así la pareja que forma con Yann Andréa: "Somos gente de izquierdas, inestables, un poco locos, gente que ya no va al cine, ni al teatro, ni a las recepciones. Cannes les asquea, y los grandes hoteles marroquíes".

—Sí. Soy como espero que sea todo el mundo el día de mañana: libre y de izquierdas.

—Y una vez declaró: "El luto del comunismo es nuestra ideología".

—Eso está muy bien. Es muy hermoso. ¿Yo he dicho eso?

—Sí, en una entrevista con *Le Nouvel Observateur*, en mayo de 1990. Con ocasión de la publicación de *La lluvia de verano*.

—Adoro ese libro. (Silencio).

No tengo ganas de viajar. Tengo ganas de mirar lo que ocurre. Desde París; conozco París. No sé dónde vamos. Ha habido una emoción, un suspense en España. El socialismo ha vuelto. En el resto del mundo, es la derecha la que gana. Francia está completamente a la derecha en este momento. Hasta el asesinato. Porque lo de Bérégofoy es un asesinato. Pasqua le impidió comprar un apartamento en París. Bérégofoy tenía seis hijos y Pasqua le dijo que no tenía derecho a comprar el apartamento que quería. Bérégofoy se suicidó. Y ahora ya no se puede hacer nada. Salvo ma-

tar a Pasqua. ¿Sabe que la sociedad va a verse obligada a volver a eso?

—¿A qué?

—Al asesinato. Sí, sí, sí. Cuando Bérégofoy fue enterrado, la gente gritaba: "Pasqua asesino", "Bérégofoy asesinado", "El fin del proletariado". Era muy impresionante. Todavía hay vida en Francia, todavía hay vida. Bérégofoy se mató al borde de un río. ¿Cómo se llamaba ese río? (Silencio). No me acuerdo. Da igual. Era uno de los planos de *Hiroshima*. Cuando se dice: "Encantadores álamos del Loira...", hay el plano de ese río.

—¿Qué sintió cuando la derecha ganó de modo tan aplastante las elecciones?

—Me alegro de que Mitterrand descanse. Nos queremos mucho, mucho. Le encantó este libro (*Yann Andréa Steiner*). Me telefonó y me dijo: "Gracias por darme señales de vida con libros como éste". Hemos tenido muchas conversaciones. Deberíamos publicar un libro. (Silencio). ¿Dónde vive usted?

—En la Rue de Sévres.

—Ah, sí. Hay un jardincito encantador. ¿Lleva usted ahí a su hija?

—Sí. Y como volvemos a hablar de niños, hay una historia reciente que me ha turbado mucho. Es la de ese tipo, Eric Schmitt, que se hacía llamar *la Bomba Humana*: el que entró en una escuela. Lo que hizo, coger a los niños como rehenes, fue horrible. Pero, una vez muerto y tras saber que era un pobre diablo, me produjo la misma turbación que el monstruo de Frankenstein.

—Ese hombre no quería hacerles daño. Fue muy amable con los niños. Hubiera terminado soltándolos. Pero Pasqua fue muy rápido. La policía le pegó tres tiros. Yo estaba loca de cólera.

Yann Andréa entró en el saloncito y dijo: "Deberían ir ustedes terminando. Marguerite tiene que dar un paseo". Marguerite miró al periodista y dijo con tono cariñoso: "No sé ni a dónde me lleva". Añadió entonces:

—¿Sabe lo que tiene París?

Que la gente es solidaria en sus barrios. En este edificio todos nos conocemos. Si le ocurre algo malo a alguien, todo el mundo vendrá. París es la ciudad de la solidaridad. Los políticos franceses están perdidos, pero la sociedad es excelente. ¡Y todo el mundo lee mis papeles...! En París existe una sociedad de izquierdas. La fraternidad viene de la izquierda.

Yann Andréa y Marguerite acompañaron al periodista hasta la puerta. Todo había ido muy bien. La mujer que contaba historias había estado adorable. El periodista la besó. "Déjeme usted su teléfono", dijo ella. "Tenemos que seguir hablando de la izquierda y de España". □

ENTREVISTA

"Sueño con una

Europa francesa

y española. No

alemana. Una

Europa alemana

no es

soportable"